

PABLO, DISCÍPULO DE CRISTO

UNA BREVE SEMBLANZA

Resulta una tarea titánica intentar resumir los ríos de tinta que ha inspirado la vida del apóstol san Pablo, tanto en el ámbito católico como en otros ámbitos cristianos. Más aún, la motivación que significa para muchas iniciativas pastorales, grupos, asociaciones, congregaciones, etc. No es para menos; dicho sencillamente, san Pablo *enamora*. Su vida apasionada e intensa, la vivencia radical de su experiencia de Cristo, pero al mismo tiempo la profundidad y sinceridad de su afecto, seducen. Su inteligencia, que integra dos mundos culturales, y la capacidad comunicativa de su encuentro íntimo y personal con el Resucitado es un paradigma para la comunidad de los discípulos de todos los tiempos. La vida y la obra de san Pablo han adquirido en la Iglesia un relieve tan evidente y prodigioso, que no es posible contemplarlas en su totalidad, sino es en clave de amor radical y permanente, desde el prisma de la vinculación afectivo-espiritual más profunda, fructuosa y elocuente.

Pablo, según los estudiosos, nació en Tarso de Cilicia, entre los años 4-15 de nuestra era. Murió como mártir en Roma, entre los años 64-68. Era hijo de judíos fariseos de cultura helenística y con ciudadanía romana. Fue contemporáneo de Jesucristo e incluso estuvo en Jerusalén en la misma época que él, aunque probablemente no se conocieron. Fue educado en la fe farisea, y como bien se sabe, fue uno de los más acérrimos perseguidores de los miembros de las primeras comunidades cristianas. Pero cambió; toda su nueva vida parte del encuentro camino a Damasco. Encontramos tres relatos que relatan la conversión de san Pablo (Hechos de los apóstoles 9, 1-19; 22, 3-21; 24, 9-23) que aunque pareciese que fueran diferentes entre sí, no afectan para nada la base del relato, perfectamente idéntica en substancia: el encuentro maravilloso y transformador de Saulo con Jesús Resucitado. Desde entonces se convirtió en el más ardiente propagandista del cristianismo, que contribuyó a extender más allá de las fronteras judías, entre los pueblos gentiles que también estaban llamados a ser salvados por la Palabra que se hizo carne.

La personalidad de Pablo era también terreno abonado para la gracia de Dios. Su asombrosa capacidad intelectual, su vigor y empuje evangelizador –que en más de una ocasión es malinterpretado o le trae problemas- sabe colocarlos al servicio de Aquél que lo ha llamado para ser su apóstol en medio del mundo. Pablo tenía una amplia formación religiosa, filosófica, jurídica, mercantil y lingüística (hablaba griego, latín, hebreo y arameo); viajó como misionero por Grecia, Asia Menor, Siria y Palestina; y además fue un gran escritor.

Aquí encontramos su eminente singularidad; más allá de su retórica impecable, rápida, intuitiva; de la

presentación y manejo de argumentos indebatibles, está la seguridad de una fe que supera cualquier obstáculo mental o material.

Sus cartas son muestra claras de ese talante y de su polifacética personalidad: dirigidas a diversas iglesias y personas del entorno mediterráneo, en ellas va resolviendo numerosos problemas y condensa los fundamentos de toda la posterior teología y moral cristiana; expone una teología nueva y renovadora, de manera siempre precisa y nunca vacilante. En suma, sus escritos adaptaron el mensaje de Jesús a la cultura helenística imperante en el mundo mediterráneo, facilitando su extensión fuera del ámbito cultural hebreo en donde había nacido. Al mismo tiempo, esos escritos constituyen una de las primeras interpretaciones del mensaje de Jesús, razón por la que contribuyeron de manera decisiva al desarrollo teológico del cristianismo.

Proceden de las exposiciones paulinas principios y elucubraciones fundamentales para nuestra teología, tales como el pecado original; la doctrina acerca de la fe en la muerte de Cristo en la cruz por los pecados de los hombres, su sufrimiento redentor y su Resurrección, como cumplimiento de la Historia de la salvación de la humanidad. El hecho de que conecte la moral con la redención subjetiva, o justificación, es una característica notable del pensamiento paulino, y que transversaliza todos sus parámetros teológicos: la vivencia de la fe siempre debe manifestarse no sólo por la palabra, sino por el testimonio de vida. La voluntad de Dios, que él acepta de antemano en la medida en que se manifiesta, se convierte, de ahí en adelante, en su código de conducta (Rm 4, 17- 22).

Por eso, en su ingente y titánico esfuerzo por hacer llegar a todos el mensaje de Jesús, San Pablo lo desligó de la tradición judía, insistiendo en que el sólo cumplimiento de la ley (entendiendo como tal principalmente a los mandatos bíblicos del Antiguo Testamento) no es lo que salva al hombre de sus pecados, sino esencialmente la fe en Cristo, en el cual somos insertos mediante el bautismo. El código moral de San Pablo descansa por un lado en la voluntad positiva de Dios dada a conocer por Cristo, promulgada por los apóstoles, y aceptada virtualmente por los neófitos en su primer acto de fe, y por otro lado en la regeneración por el bautismo y en la nueva relación que él produce. Todos los mandamientos y recomendaciones de Pablo son una aplicación de estos principios. Por eso, la fe, según san Pablo, se compone de varios elementos: sumisión del intelecto a la palabra de Dios; abandono del creyente a su salvador que promete asistencia; acto de obediencia por el que el hombre acepta la voluntad divina. Tal acto posee un valor moral puesto que “da gloria a Dios” (Rm 4, 20) en la medida en la que reconoce su propia impotencia, pues el hombre caído es incapaz de levantarse de nuevo sin ayuda. Por eso, Dios, en su

misericordia envió su Hijo para salvarlo. Que Jesucristo nos salvó en la cruz es una doctrina de San Pablo muy constante: “fuimos justificados por su sangre” y que “fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5, 9-10).

Todo lo que he presentado antes, ya nos resulta familiar. Pero, intentemos colocarnos, espacio-temporalmente, como interlocutores de Pablo en primera fila: imaginémonos como judíos recién conversos al cristianismo, dando nuestros primeros pasitos en el camino de discipulado. ¡Qué raro suena hablar de sangre redentora, de una muerte en cruz... que es valiosa! ¿Comer su cuerpo y su sangre? ¿Compartir nuestros bienes? O, veámonos como griegos, o sino como judíos helenistas: ¿Resurrección? ¿Vida después de esta vida? Si, en realidad, Pablo sufrió mucho por el anuncio del evangelio, en un entorno cultural que se sacudía con la extrema novedad de su *evangelio*.

Hoy, el mensaje de Cristo sigue siendo anunciado, y va encontrado los mismos inconvenientes de aquella época paulina; sólo que ahora no son judíos conversos o judíos helenistas. Hoy son hedonistas, indiferentes, relativistas morales... y muchos más. La Familia Paulina ha hecho suyo el desafío heredado de su fundador, el beato Santiago Alberione, y sabiendo que san Pablo, si viviera hoy, sería periodista, se lanza a la tarea de la evangelización en la cultura de la comunicación, el nuevo espacio de vida y relación en el cual todos estamos moviéndonos.